

CAPÍTULO XXVI

Le roban á Florinda el fistol

DECIDIDAMENTE, como decía Gil Blas, estoy en país de amigos,—exclamó Arturo cuando observó que Florinda, enseñando dos hileras de dientes blancos y bailándole los ojos de alegría, se levantó de su asiento y le tendió la mano tan luego como lo vió entrar en compañía de Josesito.

—Más delgado, con más barba; pero tan fino y tan elegante como siempre, Arturo,—le dijo Florinda indicándole el lugar principal del sofá;—¿qué vientos traen á usted por acá? ¿A qué puedo atribuir la fortuna de que se acuerde usted de una mujer que ya vive pobre y retirada del mundo?

—Florinda, hace sólo unos cuantos días que he llegado á México y apenas estoy volviendo en mí de la sorpresa: todo lo que yo dejé ha concluído ó se ha mudado, y aseguro á usted que, á no ser Josesito, no me habría

U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sido fácil encontrar á las personas de quienes he conservado un grato recuerdo. Sin lisonja, comprenda que usted ocupa un lugar muy preferente en mi corazón.

—Lo pensaba yo,—contestó Florinda riendo con muy buen humor y dando luz á un quinqué que estaba colocado en una consola y que iluminaba el salón;—tan enamorado como siempre. Pues sepa usted que conmigo es necesario mucho tiento... Además de que soy fea y pasó mi juventud, hay un motivo muy serio para que Arturo no vaya á concebir una pasión por mí, y es que me voy á casar.

—¿A casar, Florinda?—le preguntó Arturo.

—Le asombra á usted esto, porque no deja de ser extraño que una mujer viuda y pobre encuentre quien la quiera.

—De ninguna manera me causa asombro, porque, en cuanto á lo primero, Josesito me lo había dicho, y ahora que veo á usted lo confirmo; nunca me ha parecido más hermosa ni más elegante, y se conoce que el amor y las ilusiones del nuevo matrimonio han vuelto á usted á los quince años.

—Siempre fino y lisonjero.

—Sepamos, si se puede, quién es el novio.

—Quizá es un amigo de usted: Luis Cayetano.

—No puedo decir que sea mi amigo, pero le conozco y es un excelente joven: trabajador; honrado y de actividad y talento: no podía usted haber hecho mejor elección. Y pues parece que estoy obligado en estos días para no hablar más que de matrimonios contaré á usted que acabo de casar á Josesito.

—¿Es posible, Josesito? ¿Usted, que hace pocos días

todavía me decía que yo era la única mujer que le formaba ilusión, y que no se había de casar nunca?... ¡Vaya!... ¡qué palabra!... ¿Qué tal hubiera yo quedado si me creo de sus promesas? Veamos, veamos quién es la novia.

Florinda platicaba con tan buen humor y con tanta amabilidad, que Arturo se creyó de nuevo en sus tiempos alegres.

—La novia, ó mejor dicho, la esposa de Josesito, es una guapa muchacha que acompañó á mi madre hasta su muerte; ha tenido sus contratiempos y desgracias, pero de veras merece ser dichosa.

—¿Se llama?...

—Celestina.

Florinda sonrió y echó una mirada furtiva á Josesito que significaba que conocía toda la historia. Josesito, á pesar de su natural franqueza, no dejó de ponerse algo encarnado.

—Ya sabe usted, Josesito, que soy muy despreocupada; en materia de amores y de matrimonios nadie puede ser juez ni dar opinión. Si ama usted á Celestina será sin duda feliz con ella... Pero, puesto que no se trata de otra cosa más que de casamientos, es necesario que casemos al Sr. Arturo.

—¿Casarme yo, Florinda! ¿Y con quién? ¿No sabe usted que ninguna muchacha me ha querido hasta ahora?

—¿Y si yo le mencionara una, que no sólo lo quiere, sino que lo idolatra?...

Arturo, como se ve, inclinó hábilmente la conversación al punto que deseaba, pero quiso todavía hacerse el ignorante y desentendido, y contestó:

—Me da usted una noticia que me llena de asombro;

recorro la larga lista de mis conocimientos femeninos, y no encuentro, en verdad, ni una sola que...

—¿Es decir que no recuerda usted á Aurora?

—Aurora nunca me ha querido...

—Tengo un poco de más mundo que usted Arturo,—le dijo Florinda;—¿por qué no me ha preguntado usted por Aurora?...

—Tenía mil cosas que preguntar á usted, pero no ha habido tiempo; acabamos de llegar, y apenas comenzamos con lo más importante, después de una larga ausencia...

—Dejémonos de chanzas Arturo, y vamos á platicar un momento con seriedad. Quiero que me responda usted con toda verdad á lo que voy á preguntarle: ¿Se ha casado usted en Tampico?

—Ni lo he pensado.

—Rugiero nos dió como cierta esta noticia.

—¡Rugiero!... Ya me temía yo que esta noticia fuese esparcida por él con algún fin siniestro; se ha propuesto mezclarse en mis asuntos, y no he encontrado arbitrio alguno que me liberte de su influencia.

—Esta noticia fué efectivamente fatal, porque ella decidió de la suerte de Aurora.

—¿Es posible?—interrumpió Arturo con mucho interés.

—Nada es más cierto; cuando Aurora supo esta noticia se resolvió á abandonar el mundo, y ninguna de las reflexiones que se le hicieron bastaron á disuadirla de su intento; entró al convento y renunció para siempre á toda esperanza de felicidad.

—Pero Aurora no ha profesado ¿no es verdad?... Por Dios, sáqueme usted de esta duda terrible.

—No ha profesado todavía, pero creo que lo hará muy en breve; mas sea de eso lo que fuere, no alcanzo por qué pueda el Sr. Arturo manifestar un interés tan vivo por una persona que no ama.

—Florinda, usted no puede menos sino de burlarse de mí. ¿Por qué despierta usted en mí unas ilusiones y unas esperanzas tan consoladoras, para precipitarme enseguida en el más amargo desconsuelo?

—El corazón de usted, Arturo, es dócil á todas las impresiones amorosas,—le contestó Florinda con el tono sentimental que había ya tomado la conversación,—pero con la misma facilidad olvida y quizá aborrece. La dicha de una mujer no es un juguete que se puede romper á la hora que se quiere.

—No sé con qué propósito,—le contestó Arturo,—me hace usted semejante cargo.

—Fácilmente se comprende; Aurora abandonó sus riquezas, sus amigos, su casa, su juventud, la esperanza de su vida, todo lo más apreciable que tiene una mujer por un hombre que jamás le ha consagrado un recuerdo.

—Abriré á usted mi corazón, Florinda,—respondió Arturo,—y usted juzgará; ninguna mujer me ha formado más ilusión que Aurora, á ninguna he amado con más vehemencia que á ella, pero su orgullo ha sido una muralla de hierro que se ha interpuesto entre nosotros. Cuando mis padres tenían bienes de fortuna, y yo podía botar el dinero y figurar en primer término entre los jóvenes más elegantes de México, no me consideraba humillado de solicitar el amor de una joven rica y rodeada de lujo y de adulaciones, pero cuando mi suerte cambió y me encontré sin recursos, sin una profesión que me

diera una posición social, y atenido sólo á la generosidad de un amigo, lo que me pareció más prudente fué abandonar la capital, y romper con una sociedad donde no podía presentarme sino á costa de humillaciones y de sufrimientos. Ya ve usted, desde entonces he vagado de un punto á otro, con mi corazón siempre solo y vacío, sin una esperanza que me ligue con la vida. Errante y fastidiado siempre, me hubiera ya suicidado, á no ser porque una serie de aventuras inesperadas y raras han mantenido el vigor de mi sistema nervioso, pero cuando tengo un momento de calma, cuando puedo depositar mis secretos en el seno de la amistad, no encuentro más que vacío, soledad, tristeza por todas partes.

—Es decir, que usted amando mucho á Aurora, nunca llegó á declararse formalmente.

—Jamás; no han mediado entre nosotros mas que algunas palabras, que, sin embargo, bastante claro le indicaban mis sentimientos.

—¿Y ella cómo se mostró?

—Francamente, coqueta, voluble, orgullosa, risueña, amable, chancera, esquiva; en una palabra, adorable, porque este conjunto de cualidades buenas y malas, es lo que forma una serie de contrastes y un mundo de ilusiones que cautivan el alma, y hacen que el hombre sea el esclavo de una mujer. Yo, sin embargo, fui superior á estos hechizos, me hice el ánimo de romper enteramente con una mujer que habría concluído por volverme loco. Además, yo entonces tenía una pasión oculta por una muchacha angélica y desgraciada, á quien hace días busco en México, sin lograr ni siquiera una noticia de si vive ó muere; es la historia romántica y curiosa de mi vida.

—¿Es decir, que está usted enamorado de esa muchacha, y la busca usted para casarse tal vez con ella?

—No, en verdad, en este momento no estoy enamorado de nadie; tengo asuntos entre manos, que afortunadamente me preocupan y me evitan el fastidio. Ya ve usted, uno de ellos ha sido el casar á este buen amigo de la manera más rara é impensada, y el otro buscar á esa muchacha que considero como de mi familia; es como mi hermana... como... ¿qué quiere usted que le diga? después que murió mi madre, es quizá la única persona que me ama sincera y desinteresadamente.

Arturo se enterneció al punto que, para disimular, tuvo que toser, que fingir que estornudaba, y con este motivo llevó el pañuelo á sus ojos.

—Bien, Florinda, confesaré á usted todo... amo, sí, y mucho, á Aurora, y deseo que usted me proporcione un desengaño muy pronto.

Florinda no pudo menos que guardar silencio, sin poder adivinar los verdaderos sentimientos del joven. ¿Se había enternecido por el recuerdo de la muchacha que buscaba, ó por la pasión que decía tener por Aurora? ¿Deberé mezclarme en este asunto, ó será mejor darle otro giro? Estas y otras reflexiones que hacía Florinda le habían hecho distraerse, y no responder á Arturo; por fin, la gratitud y cariño que tenía por su desgraciada amiga fueron más poderosos, y se resolvió á obrar; así, entre chanzas y veras, contestó á nuestro joven:

—Creo que mi edad no es tan avanzada para que esté en el caso de adoptar un oficio que el Sr. Arturo conocerá se reserva para las muy viejas, pero nada puedo omitir, cuando se trata de la felicidad de una amiga. Hablando seriamente, Arturo, la pobre Aurora es muy des-

graciada; víctima de una pasión que ha sabido encerrar en su pecho, despreciada hasta cierto punto de su mamá reducida á vivir en un encierro, ella, tan joven, tan alegre, tan bonita, y sufriendo además las persecuciones de dos hombres, tenaces, fríos, indiferentes á todo sentimiento de ternura...

—¿Y quiénes son esos hombres?—preguntó Arturo levantándose del sofá.

—El uno es un padre virtuoso y bueno en el fondo pero terco y duro.

—¿Y el otro?

—D. Pedro...

—¡D. Pedro! ¡El infierno lo confunda! No hay paso que yo dé donde no tropiece con ese maldito viejo. Al menos Rugiero tiene otro modo, otras cualidades, pero éste... Basta, Florinda, no quiero saber más. Desde este momento es una cuestión de amor propio; seré el amante, el marido, el protector de Aurora; lucharé hasta morir para sacudirme esta especie de fatalidad con que nací en el mundo... Ahora lo que importa es obrar. ¿Cuándo verá á Aurora? ¿Qué pasos es necesario dar? El gobernador la sacará del encierro, pues ya es mayor de edad, si no... Bien, escalaré el convento, haré fuego á los que se me opongan... Todo... todo lo haré por ella... Ya al vino; este viejo, después de haber robado á Teresa, y tras de los bienes de Aurora... Y esa imbécil de la señora ¿qué hace?... Josesito me ayudará ¿no es verdad? Florinda, la amable Florinda, también... Sí, repito todo lo intentaré...

Arturo se paseaba por la sala con tal agitación, que Florinda creía que se había vuelto loco.

—Es menester una poca de calma, Arturo, y que

seamos con mucho detenimiento el modo. Creo que lo primero que se necesita hacer es escribir una carta á Aurora; será muy difícil dársela, porque, según me he informado, además de estar enferma, se le ha prohibido que baje á la portería y que escriba... Pero yo me encargaré de esto.

—Al momento, Florinda, al momento un tintero y un papel...

—Entrad en el costurero, y todo lo hallaréis.

Arturo entró, y escribió, mientras que Florinda y Josesito hacían comentarios, y admiraban el efecto mágico que había producido el nombre de D. Pedro para exaltar al joven.

—Tiene usted razón, Florinda, es menester calma,—dijo Arturo saliendo del gabinete con una carta en la mano;—he gastado más de cuatro plieguitos de papel, y todavía no estoy contento. Lea usted.

Florinda leyó:

«Aurora: Es necesario que renuncie usted á toda idea de encerrarse para siempre en el convento. He llegado de mis viajes, y mi primer cuidado ha sido informarme de usted; deseo escribirle muy largo de cosas importantes, pero no lo hago en este momento, porque no tengo seguridad de que esta carta llegue á sus manos. He sabido que está usted enferma, y esto me tiene sumamente inquieto. Por medio de Florinda deseo tener noticias de usted. Tenga valor, y cuente con buenos amigos, que muy breve harán que cesen sus padecimientos. Después de tanto tiempo de ausencia y de desgracias, envía á usted desde lo íntimo de su corazón un recuerdo, su amigo—Arturo.»

—Hablando la verdad, no me gusta esta carta,—dijo Florinda acabando de leerla;—pero creo imposible que ahora ponga usted otra mejor. Yo me encargaré de que llegue á sus manos, y desde ahora aseguro que va á sentir un gran consuelo. En cuanto á D. Pedro, lo mejor será ponerse de acuerdo con Luis, que no puede tardar es su hora de venir, y es tan cumplido, que no interrumpo su método sino por un motivo muy grave. Ya lo verá usted, no dilatará: quizá sube la escalera.

Era tan exacto lo que decía Florinda, que en efecto, tocaron en ese momento la puerta, y á pocos instantes entró en la sala Luis Cayetano. Florinda, como dueña de la casa, y que sabía hacer con despejo y gracia los honores á las visitas, presentó mutuamente á los dos jóvenes, y entabló entre ellos tan buenas relaciones, que encendiendo sus cigarras, comenzaron á departir con tanta franqueza y confianza, como si llevasen años de conocerse. Luis llevaba meses de trabajar en un plan, y de meditar detenidamente en él, para lograr, por medio de pruebas infalibles y de pasos seguros, separar á D. Pedro del manejo de los bienes de Teresa. Juan Bolao, que era amigo muy antiguo de Luis, lo nombró de apoderado, precisamente cuando vino á México á buscar los papeles de Manuel, y á dar los pasos necesarios para su casamiento. Los rumores siniestros que habían corrido respecto á la suerte de Teresa y de Manuel, y la falta de cartas y de instrucciones de Bolao, le habían hecho suspender todo procedimiento. Arturo supo con la mayor satisfacción estos pormenores; contó al apoderado algunos incidentes respecto de sus viajes y aventuras, y se despidió, convenido en buscarlo al día siguiente para combinar con él lo necesario para un gran plan de

ataque, que formaron, para salvar su amor, sus intereses y su porvenir.

Como Arturo se disponía á marcharse, Florinda le hizo señal de que esperase todavía un poco más, y entró á la recámara, saliendo después acompañada de una hermosa niña.

—No quería yo que se fuese usted, Arturo, sin saludar á Carmela. Quizá pronto esta niña pertenecerá á usted, hasta cierto punto: es la protegida, la hija adoptiva de Aurora: al entrar al convento, la confié á mi cuidado, y aunque al principio no le agradó mucho mi compañía, le he dado tantas pruebas de cariño, que ha concluido por quererme como si fuera yo su madre. ¿No es verdad, Carmela?

Carmela por toda contestación presentó su boquita purpurina á Florinda, y miró expresivamente á Arturo.

—Efectivamente, es una linda muchacha, y en pocos años rivalizará en belleza con su madre adoptiva,—dijo Arturo, haciendo cariños á Carmela, y dándole un beso en la frente.

—Y no crea usted, que Aurora me entregó á Carmela así como quiera, sino con un capital muy suficiente: es una muchacha rica en la extensión de la palabra. Voy á enseñar á usted sus alhajas, para que conozca el generoso corazón de nuestra monjita: es una reina, y más de una vez, al sentarnos á la mesa, le pedimos á Dios que la haga muy feliz.

Florinda, dejando á Carmela que platicase con las visitas, volvió á entrar á su recámara, y dilató más de un cuarto de hora en volver: cuando salió se presentó lentamente con los brazos caídos y el semblante pálido y descajado.

—Alguna cosa ha sucedido, ¿qué tienes?—le dijo con mucho interés Luis.

—¡Me han robado las alhajas de Carmela! ¡sólo han dejado esto, que tenía yo en mi ropero!—dijo dejándose caer en el sofá, y presentando á Luis Cayetano un pequeño cofrecito de carey.

—Pronto, Florinda, ¡dí cómo te han robado, y si sospechas de alguno!—dijo Luis.

—Lo que tenía más escondido, que era el hermoso fistol, es lo que no puedo encontrar.

—¿Un fistol?—preguntó Arturo.

—Sí, un solitario tan hermoso, que sólo uno había visto Aurora muy parecido en el pecho de usted. Precisamente yo quería mostrarle las alhajas, porque deseaba decir algo de esto á Aurora; pero ¡Dios mío! ¿con qué cara me presentaré á darle noticia de que me han robado?

—Veamos,—interrumpió Luis Cayetano,—si por casualidad se encuentra el fistol en este cofrecito.

Luis abrió el cofre, y lo presentó á Arturo, y en cuanto éste metió la mano, sacó alguno de los objetos que contenía, exclamó:

—¡Las alhajas de mi madre!

—¡Sus alhajas!—repitió Florinda.

—¡Las mismas, Florinda! ¡y no sé cómo han venido á dar á poder de Aurora!

—Pero lo que importa es saber cómo ha sido este robo,—interrumpió Luis,—y tomar activas providencias: después aclararemos lo demás. ¿De quién sospechas, Florinda?

—De ninguno de los criados, porque llevan años de estar conmigo: sólo del mozo, que hace tiempo se marchó sin avisar, el día mismo que ajustó su mes.

—Claro, él fué,—dijo Arturo;—pero no hay que afi-girse por esto, Florinda, puesto que no tiene remedio, Luis y yo manejaremos los asuntos de tal manera, que á ninguno hagan falta estas alhajas. En cuanto al fistol, me atrevería á apostar que era el de Rugiero, porque con estas mismas alhajas fué entregado á D. Pedro. Ya platicaré á usted de esto; pero le encargo mucho que no diga ni una palabra á Aurora: eso le causaría un grave disgusto, y tiempo tendremos para aclarar la verdad.

Arturo y Josesito se despidieron, y Luis y Florinda quedaron todavía un rato hablando de sus amores y de la desagradable ocurrencia del robo, que había turbado en esa noche tan agradable tertulia.

CAPÍTULO XXVII

Proyectos descabellados

JOSesito no se despegaba de Arturo, y como suele decirse, eran uña y carne; se contaban mutuamente sus negocios, y consultaban cuantos pasos tenían que dar en ellos. Una mañana entró José al cuarto de nuestro joven, y lo encontró pálido, con el cabello y la barba en desorden, los ojos tristes y opacos, y unas grandes ojeras.

—¡Jesús me valga!—dijo Josesito tan luego como observó á Arturo.—Verdaderamente estáis malo, muy malo, y no os dejaré un momento, si no es para traer un médico; pero, por Dios, decidme ¿qué tenéis? ¿por qué está abierta la caja de las pistolas, y por qué habéis hecho un arreglo de papeles, que se indica por los legajos que están ordenados, y los fragmentos que se hallan en el suelo?

—Amigo José,—le contestó Arturo tristemente, las cosas van de mal en peor, y he perdido ya toda esperanza.

CAPILLA ALFONSO
MELIORA UNIVERSITARIA

Llegué á México lleno de alegría; pero los pocos días que he permanecido en esta maldecida ciudad, me han llenado de amargura: lo mejor es echar todo al diablo, y concluir de una vez.

—Jamás os he visto como hoy, Arturo: muchos motivos tendréis para expresaros así; pero al menos, decídmelos, que quizá encontraré algún arbitrio para servirlos.

—¡Imposible! porque, repito, todo va mal. Hace días envié un mozo al interior á que encontrase en el camino y condujese á México á unos amigos que espero, y ni ellos ni el mozo parecen, de suerte que temo una desgracia. Luis Cayetano, á pesar de sus relaciones y de su actividad y talento, no ha encontrado abogado que quiera chocar de frente con ese pícaro viejo de D. Pedro, y las conciliaciones que ha intentado, han sido, no sólo infructuosas, sino perjudiciales á nuestros intereses: así no tendremos quien nos administre justicia. Por mar y tierra, como dicen vulgarmente, he buscado á Celeste, y no he logrado tener noticia alguna. ¿Se ha enfermado? ¿se ha muerto? ¿está obligada á pedir limosna en las calles? Ya os he referido, Josesito, la historia de esta muchacha, y debéis figuraros que me interesa demasiado para que pueda resolverme á no pensar en ella, pero lo que más me afecta es el estado de mis relaciones con Aurora: cuatro cartas le ha entregado Florinda de mi parte, y todas las ha devuelto cerradas, sin leerlas: se obstina en guardar silencio sobre mí. Cuando Florinda le habla de esto, calla, baja los ojos y llora.

—Vamos, Arturo, ánimo: agua fría, camisa limpia, á la calle á correr de nuevo aventuras,—interrumpió Josesito:—creí que los pesares de usted eran mayores,

que no tenían remedio; pero veo que al menos, en cuanto á Aurora, todo pasa al contrario de lo que usted cree.

—No comprendo, amigo, como puede ser eso.

—Usted me lo ha dicho, «cuando le hablan á Aurora de mí, guarda silencio, y llora.» ¡Con mil de á caballo! ¿qué más quiere usted? Cuando una mujer guarda silencio y llora, según la práctica que tengo adquirida, es porque ama, y no como quiera, sino apasionadamente.

—Venga un abrazo, amigo, porque se me ha quitado un peso del corazón. ¡Qué necios somos los hombres cuando estamos enamorados! no vemos ni nuestro bien ni nuestro mal. La reflexión de usted es muy exacta: si Aurora llora, es porque ama, y ama, como usted dice, apasionadamente; pero si es así, ¿por qué no me ha contestado mis cartas? ¿por qué no me ha enviado á decir con Florinda alguna palabra de consuelo?

—¿Qué quiere usted? son caprichos de las mujeres, que no se pueden explicar; pero, repito, donde hay lágrimas, hay amor, y no hay más que tener una poca de paciencia, y volver á la carga. ¡Si usted hubiera pasado lo que yo con Celestina! Afortunadamente hoy disfruto una tranquilidad que no había conocido antes. Amorosa, laboriosa, inteligente en todo lo de su casa, parece Celestina hija de su digna mamá de usted: el único defectillo que tiene, es que los celos la atormentan sin cesar. Mis continuas visitas á la casa de Florinda, la alarman ahora mucho. ¡Vea usted qué tonta!... ¡Ya se ve! ignora los asuntos que tenemos entre manos: por lo demás, está tan agradecida á usted, que le daría su vida, si fuese necesario; pero parece que el buen humor vuelve á gran prisa,—continuó José, observando que Arturo

desarrugaba el entrecejo, sonreía, hablaba solo una que otra palabra, y se disponía á hacer su *toilette* con la elegancia de costumbre.

—Mi carácter es así,—repuso Arturo:—una palabra ó un gesto, me hacen concebir un grande horror á la vida, y una palabra y un gesto me vuelven la esperanza. Hace poco que me habría volado la tapa de los sesos, y en este momento todo lo veo color de rosa. En efecto, dice usted muy bien, volveremos á la carga, seduciremos al sacristán, escalaremos el convento, si es necesario, meditaremos otra pasada que jugarle al tutor; en fin, haremos todavía prodigios antes de darnos por vencidos; y á propósito, ¿cómo va en el nuevo estado? ¿qué dice esa guapa Celestina? ¡Bah! ni recordaba que mi amigo José lleva una semana de luna de miel.

—Lo que es luna de miel, no, Arturo,—contestó José suspirando;—pero en lo demás lo paso perfectamente. Figúrese usted que tengo una buena cocinera, un camarista, pájaros, flores, caballos, todo cuanto puede apetecerse. Hemos arrendado la casa de San Cosme en 200 pesos cada mes, y las alhajas de Celestina están convertidas en dinero efectivo, que *se echa á sudar*, y produce lo bastante para los gastos. No voy á la oficina y he mandado echar al diablo al comisario que tuvo la audacia de declararme muerto; pero, repito, esto lo debo á usted, Arturo, y este dinero es suyo ó de quien disponga entre tanto, no hago más que disfrutar del rédito y aumentarlo. ¿No os parece que he hecho prodigios en una semana?

—Todo esto pende de un cabello, amigo mío,—le contestó Arturo;—tenemos la espada de Damocles encima de la cabeza, porque es muy probable que D. Pedro

esté trabajando activamente en desbaratar ese bienestar y ese lujo de Celestina y de Josesito

—¿Será posible, Arturo? ¿Será tan audaz y tendrá tan mal corazón que se atreva en estos momentos en que Celestina es mi mujer legítima?...

—Y podrá suceder que se cambien los papeles, almirado Josesito, de manera que en el curso del tiempo D. Pedro salga por una puertecilla secreta, mientras que vos, gritando y riñendo á los criados, entráis por la puerta del zaguán.

—Esto es una mentira, un insulto,—gritó José volviendo la cara para ver quién había tenido el atrevimiento de proferir semejantes palabras; pero todo el brío se le apagó en el acto cuando se encontró con los ojos brillantes de Rugiero.

—¡Sr. Rugiero!

—¡Rugiero!—exclamó también Arturo, que se había puesto á escribir una carta para Aurora llena de amor y de entusiasmo.

—¡Es cosa singular! Siempre estos muchachos se azorran y se admiran cuando los visito. Seguramente soy, como dicen, una alma de la otra vida.

—No aguardaba yo en verdad vuestra visita,—dijo Arturo;—además no habéis hecho ruido y la puerta estaba cerrada.

—Es verdad; pero la llave de mi alcoba es idéntica á la de este cuarto: la traía en la mano por casualidad, maquinalmente la apliqué en la cerradura, abrí y entré: ya veis que no se necesita para esto ser ni mágico ni hechicero; pero dejemos estas pequeñeces y hablemos de cosas más serias. Fumad.

Rugiero, como de costumbre, sacó su cigarrera y ofre-

ció á los muchachos unos puros sedosos y aromáticos que tenían unos anillitos de oro calados perfectamente con unos caracteres arábigos.

—Es mucho lujo,—dijo Arturo tomando el puro y encendiéndolo.

—Por el contrario, son de los más corrientes; los que fuma el Rajah de Lahore están adornados de esmeraldas y rubíes, y cuando los acaba de fumar tira el cabo con todo y anillo. Nunca faltan algunos lores ingleses que recojan los desperdicios de los príncipes orientales; pero esto, repito, no es más que una bagatela; lo importante hoy son vuestros asuntos, porque lo que deciais hace poco no es una chanza: tenéis verdaderamente la espada de Damocles pendiente sobre vuestras cabezas.

—¿Qué diablos significa esa espada de Damocles?—preguntó Josesito. Explicadme, Sr. Rugiero.

—Una friolera,—respondió Rugiero riendo,—es una espada con una punta como de alfiler, con dos filos como navaja de barba, y colgada de un cabello. ¡Ya veis! El viento sólo puede romper el cabello, y entonces...

—¡Canario!—exclamó Josesito dando un salto;—¿qué qué es lo que puede sucedernos? ¡Qué! ¡El peligro que nos amenaza es comparable á esa terrible espada de Damocles?

—Todo está perdido, y como decía Arturo, va de mal en peor, y para que veáis que no miento, Luis Cayetano, que entra cabalmente, podrá decirlo.

En efecto, la puerta se abrió y Luis Cayetano, con semblante abatido, entró y saludó con desconsuelo á los tertulianos.

—¿Qué cara es esa, Luis?—le preguntó Arturo; ¿señalando acaso ciertas las noticias que nos comenzaba á dar?

—No sé cuales serán las noticias; pero lo que yo tengo que decir es bien desagradable. D. Pedro, por medio de un agente de negocios, que tiene una actividad y una audacia increíbles, ha demandado judicialmente á Celestina exigiéndole el pago de no sé cuantos miles de pesos, que justifica con cuentas y recibos firmados por ella, y hoy embargarán la casa de San Cosme, los muebles y los coches.

—¡Eso es una infamia!—interrumpió Josesito levantándose de la silla.—Ya verán lo que es un marido; echaré por la ventana á los ejecutores, y en cuanto á D. Pedro... Pero no puede ser... ni Celestina debe nada... ni... vamos, yo me confundo, me vuelvo loco... Tener que quitar el coche... que despedir al camarista... que volver á sufrir las impertinencias del oficial mayor de mi oficina... ¡Oh! no, juro que esto no será.

—Ya veis,—dijo Rugiero riendo,—que no era una chanza lo de la espada de Damocles.

—No es cosa de risa, Sr. Rugiero,—le contestó Josesito algo picado,—sino de que nos deis en este lance un buen consejo.

—Pensaremos,—dijo Rugiero;—pero es necesario que Luis acabe de dar sus noticias.

—La madre de Aurora,—continuó Luis,—está moribunda: quizá á estas horas estará en la otra vida; y ayer el padre Martín y D. Pedro le han hecho hacer un testamento.

—En el cual deshereda á su hija por inobediente, por perfida, por ingrata,—dijo Rugiero.

—Razón más para que yo la idolatre y me sacrifique por ella,—exclamó Arturo levantándose del asiento y dando una palmada en la mesa.

—El sacrificio será inútil,—interrumpió Rugiero,—

porque está no sólo encerrada, sino prisionera. No se le permite escribir, ni salir de su celda sino acompañada de dos religiosas, y la pobre criatura, que, aunque ha devuelto cerradas, ha leído las cartas de Arturo, está desesperada, pensando tal vez dejarse caer en un corredor y acabar así con su vida.

—¿Esto pasa,—contestó Arturo,—en México y en medio de la libertad y de la civilización?... Yo lo denunciaré al público; yo escribiré en los periódicos, pediré protección á la autoridad civil; en fin, moveré medio mundo...

—¿Y con qué derecho?—le contestó Rugiero;—vos no sois ni su pariente, ni su esposo, ni su apoderado.

—Eso seré,—replicó Arturo:—Luis hará que extienda á mi favor un poder amplio.

—¡Tontería!—replicó Rugiero;—Aurora no podrá firmar, ni hablar. Lo mejor sería sacarla del convento.

—¿Pero cómo?

—Es lo más fácil: se busca la parte más baja y más accesible de la tapia; se hacen un par de escalas muy fuertes, se le dan á los serenos del barrio unos cuantos pesos para que ayuden, y en una noche oscura, á las once de la una á las dos de la mañana, la monjita sale de la prisión y pasa á los brazos de su amante. Si les conviene se casan en seguida, se pone una demanda pidiendo la anulación del testamento de la señora por ser contra las leyes; se gasta dinero, se emplean los mejores abogados, se obtiene una sentencia y después se comienza á vivir como el príncipe, gastando la vida en amores y en placeres, hasta que el diablo, que es el que hace al fin la cosecha, disponga del feliz par de esposos. Todo esto parece una chanza, pero no hay otro medio.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritó Josesito;—me parece magnífico el proyecto del Sr. Rugiero: yo acompaño á mi amigo el Sr. Arturo. Será en México una aventura ruidosa; todo el mundo hablará de nosotros, las muchachas se morirán de envidia, y apuesto que querrán entrar al convento sólo porque haya quien se las robe. Estoy entusiasmado: vamos á hacer otra edición del Trovador.

Luis meneaba la cabeza desaprobando el proyecto; Arturo abría tantos ojos y reflexionaba; Rugiero sonreía malignamente.

—Parece que no os agrada el proyecto,—dijo Rugiero dirigiéndose á Luis Cayetano.

—A decir verdad, no me gusta, porque, caso de que fuera posible, sería muy escandaloso.

—Precisamente es lo que necesitamos,—interrumpió Josesito;—escándalo, ruido, aventuras, dinero, matrimonios improvisados...

—Y embargos,—murmuró Rugiero.

—Es verdad, Sr. Rugiero, es verdad,—repuso tristemente Josesito.—¿Y no me dais un consejo, vos que tenéis un poder ilimitado para remediarlo todo? ¿Me abandonáis así como quiera?

—Sois un guapo muchacho,—dijo Rugiero,—y poco trabajo tendrá el diablo para cargar con vos; dadme esa mano.

Josesito tendió la mano á Rugiero, y éste se la estrechó tan cordial y fuertemente, que lo hizo bailar en un pie. Cuando pudo retirarla de la garra de Rugiero, le ardía como si la hubiese metido en una ponchera ardiendo; pero el deseo que tenía de que Rugiero lo ayudara, ocasionó que no reflexionase en este incidente.

—Tomad,—le dijo Rugiero, presentándole unas li-

branzas:—mañana se cumplen é importan cuarenta mil pesos. Estos documentos han sido la causa y el instrumento de una revolución: D. Pedro firmó por compromiso, y seguramente no se acuerda de esta suma. Como se ha de resistir á pagar, le podréis embargar su casa, sus muebles y algunas talegas de dinero que tiene en la casa de Mongotmery, y cuya existencia se puede justificar con sólo ver los asientos de caja de hace dos dias; pero vos no decís nada,—continuó Rugiero dirigiéndose á Luis.

—Era todo lo que tenía que decir; no sé más.

—¿Conque no sabéis que han citado también á vuestra esposa? Porque todo el mundo sabe que habéis tenido el capricho de casaros en secreto con Florinda.

—¿Qué! ¿Han citado á mi esposa?

—Seguramente.

—¿Y quién? ¿y por qué?

—¿Quién? El juez 4.º de lo criminal, que conoce de la causa instruida con motivo del robo hecho hace tiempo á D. Pedro.

—Pero no comprendo qué tenga que ver en esto Florinda.

—¡Friolera! Hay testigos que han declarado haber visto á Florinda y á esa niña Carmela adornadas con las mismas alhajas que fueron robadas á D. Pedro.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Florinda ante la justicia? ¡Florinda, que es inocente, complicada en una causa criminal!

—Y están nada menos urgiendo al juez para que re-
duzca á prisión á Florinda.

—Pero estas alhajas han sido dadas á Florinda por Aurora.

—También por esta razón no se le permite que escriba, ni que hable con nadie. Vos lo habéis dicho, la madre está moribunda, ó, para hablar con más propiedad, acaba de morir en este momento.

Todos los tertulianos se quedaron mirando unos á otros llenos de espanto, sin poder fijar los ojos en el fistol de ópalo de Rugiero, que arrojaba de vez en cuando unas llamitas tornasoladas.

—Pero vos mejor que nadie sabéis,—dijo Arturo dirigiéndose á Rugiero,—que estas alhajas son mías y que la más valiosa de todas es el fistol, que os pertenece. Yo no sé como han pasado en poder de Aurora, la que las regaló á Carmela, y no hace pocas noches que Florinda, al buscarlas, encontró que la habían robado.

—Todo esto es muy singular, pero lo que yo veo es, que este viejo maldito es el demonio,—dijo Josesito,—y hénos aquí á todos envueltos en sus redes.

—Os lo dije, José,—interrumpió Arturo;—mala espina me dió su conformidad y resignación el día que consintió en vuestro casamiento, y en lo que le pedimos.

—¿Pero qué remedio?—preguntó Luis Cayetano.

—Es muy sencillo, pero depende absolutamente de la libertad de Aurora.

—¿Pero cómo podemos obtenerla?—preguntó Arturo.

—No hay más remedio que robarla del convento.

—¿Pero cómo se le advertirá?—preguntó Luis Cayetano.

—Que Florinda le entregue, por conducto de la madre abadesa, este relicario,—continuó Rugiero,—diciéndole, que es una reliquia de un santo, que es abogado contra el amor. Tan luego como llegue á manos de Aurora este relicario, querrá abrirlo, y examinar la reliquia, saltará

un muellecito, y descubrirá un papelito que escribiré Arturo, y que yo colocaré cuidadosamente. Pero es menester que se haga esta noche misma, porque Aurora está enferma, y acaso mañana no podrá levantarse de la cama.

Arturo se acercó á una mesa, y escribió estos renglones:

«*Aurora:* Esta noche á las doce en punto estaréis en el jardín, junto á la tapia que da al callejón de los Dolores; allí os esperaré.»

—No se necesita más,—dijo Rugiero;—con estas cuatro líneas la muchacha vendrá y escalará la cerca, aunque estuviese más alta que la torre de la Catedral.

Rugiero colocó la cartita en el relicario, y la entregó á Luis Cayetano, quien, hecho presa de la mas cruel agitación, se levantaba para irse.

—Calma, amigo mio,—dijo Rugiero deteniéndolo;—ordenaré la batalla, porque vosotros no tenéis caber para nada. Tomad el relicario, y encargad á Florinda que vaya inmediatamente al convento, que cuente á la abadesa cualquier historia adecuada, y que se lo entregue, con encargo expreso de que lo dé en el acto á la monjita. Tomad también estas libranzas; poned inmediatamente una demanda contra D. Pedro, pidiendo el embargo de los objetos que he indicado. Por lo demás yo veré al juez, y como es amigo, podemos embromar las cosas una semana. Arturo y José emplearán el resto del día en hacer unas escalas fuertes, y preparar las armas, el coche y lo demás necesario para un asalto en forma. No haya cuidado de los serenos, que corre

mi cuenta el allanarlos; yo estaré por allí, para ayudar en lo que se ofrezca. Conque hasta las doce de la noche, amigos míos.

Rugiero saludó, salió del cuarto, y bajó las escaleras de cuatro en cuatro escalones; más parecía que el aire lo empujaba, que no que ponía los piés en el suelo. Nuestros amigos lo miraron desaparecer, y aunque asombrados de estas cosas extrañas y raras, obedecieron ciegamente sus instrucciones. Luis se fué inmediatamente á casa de Florinda, y José y Arturo, después de haber comprado en las tiendas cercanas lo necesario, se encerraron en el cuarto á hacer con el mayor afán un par de escalas bastante fuertes y largas para alcanzar al más elevado muro de la Concepción, y capaces de soportar á dos personas.